

Lamento por una ausencia

ANTONIO MERINO MADRID

CUANDO por motivos de trabajo hube de fijar mi residencia temporal lejos de mi tierra decidí suscribirme a un medio de comunicación periódico para —entonces ingenuamente pensaba yo— estar al día sobre los acontecimientos que afectarían a Córdoba y especialmente a la comarca de Los Pedroches. No sabía yo entonces todavía que esas cartas al director que aparecen continuamente en los principales periódicos nacionales eran algo más que pura meticulosidad puntillosa de sus firmantes y que, por contra, responden a una realidad cuando denuncian sin remedio las grandes deficiencias del servicio oficial de Correos y las graves consecuencias que en ocasiones ello puede traer consigo. Así, y gracias a la irregularidad con que recibo mi periódico cordobés, conocí la "irrevocable" decisión de Julio Anguita de no aceptar la presidencia del PCE días después de haber leído su primer discurso en el nuevo cargo, por poner un ejemplo. El periódico del viernes suele llegar el lunes siguiente, lo que no es óbice para que el del jueves llegue el viernes. También el del domingo puede llegar el lunes, pero el del lunes no lo tendré hasta el viernes. Los reportajes del suplemento del domingo los conozco antes por el propio suplemento que por los anuncios que de él se hacen los días anteriores. Y eso sin hablar de semanas enteras sin recibir un solo ejemplar para un buen día encontrarme con que no puedo abrir la puerta atascada como está con no menos de diez ejemplares que el cartero, pacientemente, ha deslizado por ella. Hoy, cuando los aviones superan la velocidad del sonido y los trenes aspiran a velocidades asombrosas, un periódico puede tardar quince días en recorrer cua-

trocientos kilómetros. Aún espero mi ejemplar del domingo de Ramos.

Y hoy, cuando una noticia ocurrida en el más recóndito rincón del planeta es conocida al instante por los habitantes del más perdido pueblecillo de cualquier sierra; hoy, que la televisión transmite en directo cualquier bombardeo; hoy, que podemos presenciar la llegada de una nave a Venus en el momento de producirse; hoy, y gracias al retraso de Correos y a un cúmulo de coincidencias absurdas, he dejado de asistir y de conocer hasta varios días después el más importante acontecimiento de la vida de Los Pedroches de los últimos años. Hacía tiempo que no sentía tal desolación. Durante una semana he vivido completamente ajeno a que una importante página de la historia de Los Pedroches se estaba escribiendo. El servicio de Correos no lo quiso. Cuando ya lo supe, ya era tarde. Una voz nocturna del Ayuntamiento de Pozoblanco me contestó al teléfono que ya todo había terminado: los alcaldes se habían marchado y yo no había podido mostrarles mi solidaridad de ciudadano ausente. Nunca podré perdonarle esto a Correos.

Porque lo que ha ocurrido en Los Pedroches es mucho más que un simple acto de protesta pública similar a los muchos que diariamente ocurren por todo el país. Significa, por el contrario, que mucho ha cambiado en la mentalidad de las gentes de esta tierra, pacíficas y sedentarias por tradición, inamovibles hasta la desesperación, y que por fin han sentido la necesidad de gritar que estas montañas tienen que dejar de ser una barrera para el progreso. Hasta qué punto han debido sentirse ofendidos estos habitantes secularmente callados para ahora despertar con la fuerza de quien profundamente cree que

pide algo justo y necesario. Algo, ahora sí que sí, comienza a moverse en Los Pedroches.

Y yo no estuve allí para verlo.

Algo muy importante se ha conseguido: que la gente salga a la calle. Y que sus alcaldes hayan tomado una medida nada convencional que los compromete con el pueblo. Porque no se puede ser convencional y sumiso en Los Pedroches. Hoy ningún político que tenga un mínimo de dignidad personal puede ser sumiso y convencional en Los Pedroches. No puede serlo si tiene que viajar por carretera, no puede serlo si ha de consolar con vanas esperanzas a quienes sufren la falta de una asistencia médica digna, no puede serlo si los parados le miran a los ojos, no puede serlo si sus ciudadanos tienen que firmar con el dedo, no puede serlo si para ver cine tienen que ir hasta Córdoba. ¿Cómo se puede ser sumiso en Los Pedroches?. No se puede.

Por eso me alegro de que esos tres días los alcaldes estuviesen allí encerrados como señal de protesta. Porque me da la seguridad de que no son alcaldes convencionales y sumisos. Porque me da la seguridad de que por fin se muestran comprometidos con la comarca aún a costa, en casos, de presiones subliminarias.

Por eso, en este momento, tan tarde, quiero deciros que apoyo su actitud y su coherencia, porque me parece que en estas circunstancias no se podía actuar de otro modo. Porque ya no se puede esperar más, porque cada ocasión es valiosa y única, porque nosotros, y no los que piden espera desde lejos, somos quienes tenemos que conseguir que nuestra tierra esté cada día un poquito mejor.

Y yo, cuánto lo siento, no estuve allí para verlo.